

cado en aquella balbuciente criatura, para la cual quisieron ambos preparar, edificar un palacio de felicidad y de cariño aumentado por ella y para ella.

VII

Marta y Dayel, que acababan de comer con unos amigos, estaban acodados en una ventana del café de la Paz, sobre la plaza de la Ópera. La grácil rubia se distraía en contemplar las incesantes oleadas de gentío que llenaba el ámbito, de pueblo impaciente, en expectativa de un espectáculo que tardaba en venir. La Mitad-de-Cuarema resucitaba momentáneamente el Carnaval difunto.

¿Era alegría aquella pasajera barahunda llena de las exclamaciones y de carcajadas de hombres que aventuraban sus manos entre las huecas ropas femeninas, sin atender á las indignaciones sinceras ó fingidas de las mujeres víctimas de aquella pública violación? Los árboles, flamulados de artificiales y policromas cabelleras, dominaban el endomingado y bullanguero gentío, como graves señores, indulgentes y dignos en medio de una

kermesse en que se hubiesen dignado mezclar su altiva aristocracia.

La muchedumbre refluía, sin cesar renovada, rumorosa, en una atmósfera sofocante de alegría, cuya polvareda graneaban leves *confetti*, de rojo, azul, violeta y rosa, y de brillante blancura. Era un continuo flujo y reflujo de cabezas y cuerpos, olas de carne humana, á lo largo de los bulevares, desbordantes de pueblo, de familias burguesas en grupos ansiosos de placer, gozando la general libertad de un día.

De tarde en tarde, pasaba por la acera una máscara: un Pierrot de blancos bombachos, sonriendo con socarrón boca en su enharinada faz, ribeteados de encarnado los ojos, ó algún músico ambulante, algún estudiante de tuna, con cuchara en el tricornio y mandolina en bandolera, hendiendo los remolinos de gente para ganar la terraza de un café; algún campesino de Normandía con chaleco azul y gran cuello de papel holgadamente abierto en torno de su pintado rostro; algún atleta ó acróbata de feria; amas de cría, bebés de rojas pamelas colgadas al cuello grandes galletas de cartón; niños vestidos de militar, azules húsares, dragones arrastrando penosamente el sable, asaz pesado para sus manecitas que lo sostenían crispadas.

Todo aquello se agitaba bajo el flamear de

papeles que encintaba el negro ramaje, salpicado por el verde pálido de los renuevos que asomaban ya bajo aquella otra floración abigarrada y precoz; bajo los rizados y flotantes flecos que pendían de ventanas y balcones, donde se arracimaba la gente, negreando en la oscuridad del vano, y destacando de su apagada tonalidad, tal cual cabellera rubia de mujer ó de niña, resplandeciente al sol.

En la plaza de la Ópera, los hombres se entremezclaban con las muchachas, rompiendo las bandadas de grisetas, que se esforzaban en sepultar bajo la menuda metralla; y estallaban besos sobre ignoradas mejillas, aventurábanse manos á cosquillar sobacos, y volaban por doquier frases descocadas, galanterías de encendido color, sucias á veces, entrecortadas de risas.

Un viejo burgués de anteojos va escoltando á dos muchachas de trenza, y se irrita contra el obstáculo que le oponen unos horteras formando corro, encerrando al trío y apostrofando á las chiecas: los transeuntes, divertidos con el espectáculo, abruman al buen señor á *confetti*, mientras las chiquillas, asentadas, se desgañitan gritando como pintadas perseguidas. Y, á pocos pasos, dos jóvenes provocativas, buscando aficionados al placer tarifable, sacan á manos llenas *confetti* de sus bolsas de seda, y traban encarnizado combate con unos galanes. Una de ellas, rubia de ojos

grises, vestida de crespón negro, atenta á los envites de los jóvenes, alegres y poco formales, se siente sorprendida desde atrás por dos manos que acarician las redondeces de su busto. Se incomoda y grita :

— Atrevido.

Pero, al volverse, ve al asaltante correcto, en un *overcoat* cuyo ojal orlan rosados claveles; y se desdice sonriente :

— Si lo hubiera Vd. hecho con guantes, no habría dicho nada.

Mujeres en pelo, del brazo de granujas de gorra, se abren camino con el contoneo de sus caderas, é insultan á los pacíficos paseantes que no se apartan bastante pronto. Unos pollos cursis con llamativas corbatas y anillos en los dedos forman conciliábulo en un ángulo de la plaza, acechando á las transeúntes y discutiendo el empleo de la noche. Sus voces se pierden en la barahunda que causa el paso de un landó atestado de camareras de cervecería, de cuyos corpiños rosados, rojos, azules y verdemar surgen, temblonas como gelatina, mustias redondeces: y un joven de aplastados cabellos, oprimido el torso en mefistofélica malla, negra la chivosa barba, y tridente en mano, preside el cortejo.

Por fin, al son de anunciadoras trompetas, los curiosos, acosados por los guardias, despejan la

calle, se prensan en apretadas filas, estrujándose unos contra otros, todo el montón de carne afluye del arroyo á las aceras. Y, tras los músicos impasibles en sus caballos de bronce, en el brillo de los charolés y el acerado destellar de armas y cascos que ilumina un pálido sol de primavera, van llegando los carros.

Resuenan las aclamaciones y crúzanse las serpentinas entre la masa gris del gentío y las vistosas carrozas, montadas por mujeres cuajadas de lentejuelas, por hombres de extravagantes aspectos, engalanados en suntuosos trajes. Al paso de los grotescos animales, gigantes monstruos de cartón iluminado, estallan la alegría y el entusiasmo por las reinas de un día, que desfilan coronadas de efimeros oropeles, sonriendo á la ovación.

Risas y manotones acogen la cabalgata del barrio Latino, gatos caballeros sobre asnos, « el ejército del *Chahut* » cuyas filas alegran escuchadas caras de grisetitas que escoltan al rey Carnaval, Gargantuá de la fiesta descollante como un símbolo entre la maraña de serpentinas, que ondean á través de la nieve multicolor de los confetti.

Pasada la cabalgata, resuenan otra vez con más furor risas y gritos, disputas y algazaras. Pero á pesar de tanto gritar y tanto reír una cierta tristeza se acusa en el rostro de las gentes, escapadas un instante á la pobreza ó mediocridad de sus hogares,

cansadas de tropiezos y empujones, de la ficción de alegría sostenida una hora, para caer de nuevo en la penosa realidad, en los afanes de la vida cotidiana, en la miseria de un día tras otro.

¿Es acaso placer aquel agitarse de mercaderes improvisados, impacientes por vender sus productos mañana inútiles, acosados por la necesidad de ganar en un día la vida de una semana? ¿Aquel bullir de mujeres haciendo su carrera, de ávidos perseguidores de placeres gratuitos, en que la voluptuosidad misma es excluida por la brutalidad del instinto; es acaso alegría?

Marta y Dayel charlan y miran, felices con hallarse al abrigo del gentío que se codea y empuja, algo fatigados por el triste desfilar de aquella muchedumbre endomingada. Pero Marta se siente satisfecha en aquel nuevo ambiente, que antes apenas entreviera: su Juan va á ser también uno de los héroes de la fiesta, aquella noche, fiel á su misión de artista, de creador del placer.

Ella se ha prometido verle presidir, en medio de la orquesta, la locura del baile, envolviendo en melodía el campanilleo de los cascabeles y el estrépito de las descoyuntadas danzas.

Irá con una amiga, la Delienne, tapadas ambas con antifaces, recatadas entre los pliegues de

elegantes dominós; irán juntas al baile de la Ópera, el último del año.

Dayel había autorizado la aventura, seguro de aquella amiga honrada y juiciosa, compañía ordinaria de Marta, los días en que Dayel no podía serlo. Era la mujer de un empleado amigo suyo, músico y poeta á ratos perdidos. Entre burgués y bohemio, el matrimonio Delienne, había sido de los primeros en aceptar á Marta, ya por aprecio á Dayel, ya por el rubio encanto con que ella los sedujo.

VIII

Media noche. Á través de los infinitos carruajes que convergen hacia la iluminada plaza, rueda el simón que conduce á las dos amigas y se detiene al pie de la escalera, junto al viviente mármol de Carpeaux, cuyas figuras, bañadas en la esplendente blancura de la luz eléctrica, parecen desprenderse y danzar ante los yertos bustos de compositores fallecidos, cuyas almas quizás despierten á veces, al vibrar de la música en sus rostros de piedra.

En hileras, cual reguero de hormigas, acotan y contienen el gentío los guardias de París, envueltos en sus negras capas, inmóviles en el bullir de la plaza, con rígidas actitudes de bronce, bajo la irradiación de sus cascos. El golpeteo de las portezuelas de los coches que se van alineando en las sombrías calles laterales, y su continuo y ronco ruar, ensordecen el estrépito que llega de los bule-

vares, recorridos por bandadas de gente que chilla, canta y ríe, desgañitándose.

Las máscaras se amontonan y apretujan de peldaño á peldaño, en una confusión de tonos chillones y metálicas lentejuelas, y crujen, al estrujarse las capas y multicolores dominós, en oleada hacia las puertas.

Á pesar de las caretas y antifaces, entrevense caras, rosadas por el frío, animadas por la esperanza de una noche de placer y embriaguez. Negrean entre las apreturas los correctos fracs de los elegantes: jóvenes de esbelta figura, calaveras, hombres formales atraídos por la curiosidad á la tradicional orgía. Recuerdan haberse divertido una ó dos veces. ¿Quizás se diviertan aún? ¿Quién sabe? Y vienen.

Crece la oleada de disfraces de dudoso contenido, de pantorrillas en exhibición, de trajes improvisados, fantásticos. Camareras y arlequines, marineros, libélulas y mariposas, *bailaoras* españolas, manolas y carmencitas, pierrots, colombinas, payasos y bufones, aldeanos y mefistófeles, se estrujan ansiosos, enguizgados por el vicio, por la sed de oro ó de placer, en un anhelo de esperanza, alegres ó ansiosos. Encendidos sus ojos por la fiebre del lucro ó de la lujuria, suben al asalto del amor, á la embriaguez de una noche, al olvido de las horas vulgares.

Las dos amigas atraviesan, algo azoradas, aquella barahunda, estrechándose una contra otra, esquivando las agudas miradas que se esfuerzan en penetrar sus antifaces. Y llegan, por fin, á los corredores de los palcos, donde se sienten confortadas por la espléndida luz que difunden las lámparas, y por el calor de la sala, en que se agitan los remolinos del vals á los acordes de la música.

Suben, entre el barullo, la escalera monumental, resplandeciente de luces, entre hileras de hombres alineados como en una parada, aburridos perseguidores del placer, cansados ya de todo, que apenas despliegan los labios, perezoso el ánimo, tan solo aptos, los más, para brutalidades de mano, primicias del carnal comercio que podría apaciguar sus enfermizos deseos, un punto sobreexcitados.

Marta Dayel, la frágil estatuilla rubia, perdida en los pliegues de su dominó de color de hoja seca, velada tras un antifaz de raso, sube los escalones de mano de su amiga que viste dominó negro forrado de blanco. Ambas se deslizan ligeras hacia el gran vestíbulo, extraviándose entre el movimiento de las máscaras, el brillo de las lentejuelas y los cambiantes de la abigarrada multitud. Refugiadas en su palco, podrán ver y observar, libres de asaltos audaces. Pero se detienen un momento entre la rebullente confusión de multicolores

trajes, que los fracs tachonan de negro, como tristes insectos entre pintadas mariposas.

Algunas caras conocidas, que ya habían visto, las tranquilizan un poco. Marta se ríe viendo á Bisson, el crítico, en conversación con dos mujeres que quieren acapararlo.

— Un hombre de tu volumen, debe tener por fuerza mucha sombra, — dícele una exuberante rubia, puesta la mano en el hombro del hermoso gigantón.

Está vestida de transteverina: abrochan al escote de su corpiño, dos placas doradas, dividiendo las gelatinosas carnosidades de los senos. La otra es una flaca larguirucha, que adelgaza aún más un traje ceñido de arlequín, listado de negro y rojo.

— Tú me harás encontrar « lo » que perdí...

En el vestíbulo chocó á las dos amigas una cierta tristeza que flotaba sobre la mascarada: hombres de negocios hablaban en un ángulo de los valores turcos y discutían azares de bolsa, la liquidación, el alza próxima... Fachosos mascarones, con disfraces cansados de rodar por los escenarios de provincia, disputaban, en callejero lenguaje. Un caballero de frac, de bigote cano, avanzaba sus manos hacia el relleno busto de una druidesa de rojos cabellos.

— ¡Aun te gusta jugar! ¡ á tus años! le decía

ella desconcertándole con la atrevida mirada de sus ojos castaños.

Iban pasando mujeres : marquesas de empolvado tupé, pastoras y clownesas, marineros y bailarinas, locuras tintineando con sus revueltos cascabeles, Fátimas veladas de gasa con pesados brazaletes de plata y cobre, dominós naranjados, morados, rosa y blancos, rojos y negros. Y muchas se mostraban inquietas, afanosas, escrutando los rostros masculinos, puesta la mira en lucrativas conquistas y en la espléndida cena final.

Bullían en los corredores, parejas que cuchicheaban en secreto, manos que tentaban al paso desnudos brazos, mujeres levantadas en alto, cosquilleadas, profanadas en sus intimidades por ávidos tanteos, que se aseguraban de la calidad de las carnes aun no adjudicadas al mejor postor. Y la orquesta, junto al foyer, anegaba el bullicio en el vértigo de un galop, en que se oían pasar clamores de trompetas y careajadas de faunos cazando á través de bosques reverdecidos.

Hervía en las estrechuras una avalancha sin cesar renovada, en la que menudeaban extravagantes aspavientos, frases soeces, brutales regateos. Pierrots envueltos en blanco raso, clowns cuajados de lentejuelas, caballeros, chinos, salvajes en pardas mallas, pulchinelas y toreros, graves señores grotescamente ennarigados, con sombreros

crestonados de enormes plumas, acosaban á las pasantes, con proposiciones irónicas que cortaban fingidas indignaciones, gritos y risotadas.

Pasado el primer susto, llegan las dos amigas al salón, seducidas por la novedad del espectáculo. En torno de las máscaras pagadas, (pues no todo es diversión en la Ópera, que también se trabaja), forman corro gomosos y burgueses juerguistas por costumbre, ó pervertidos por una noche, ansiosos de pasajeras visiones de carne desnuda en el entredós de un pantalón de mujer, de la epiléptica agitación de bailarinas y bailarines de profesión; aplaudiendo los descoyuntamientos más canalleros.

Unas diosas, Dianas armadas de arco, charlan con señores á lo Luis XIV empelucados y empolvados. Una gatita blanca ronronea en torno de un señor barrigón de cabellos grises, de triste semblante en medio de la bacanal, y que luce sobre el blanco chaleco almidonado una cadena de oro. Y siete muchachas formando monomio recorren los grupos. Cada una es una flor. La margarita, que es una rubia, dice :

— ¿ Quién me va á deshojar esta noche ? Sí, no, sí, no... ¿ Quién llegará á mi corazón de oro ?

Y sigue una encendida rosa, en cuyos labios, más que en los pétalos de su traje, rutila la sangre ; y un lirio de moiré blanco, cuyos cabellos de oro

se desbordan sobre el busto; y una dalia morada cuya carne mate, parece á punto de hacer estallar el cáliz verde oscuro que le oprime el seno; y una flor de albaricoque rosa pálido; y una pervinca de gasa azul.

Y viene un abejorro y las va abrazando á todas. Y luego dice:

— Cojo el lirio.

— ¿Qué harás con él? pregunta una voz.

— Convertirlo en un girasol.

En varios palcos bostezan los clubmen concienzudamente. En algunos de aquéllos, sin embargo, se oyen risas, exclamaciones, crujidos de seda arrebuñada; se oye batir de puertas tras mujeres secuestradas violentamente, devoradas por hombres que entran á saco en ellas, á manos llenas. Un palco se mantiene silencioso, con un silencio entrecortado por quedos suspiros: oculta sin duda alguna virtud extraviada una noche, quizás la última aventura novelesca, de aquel fecundo foro de ellas.

Un arlequín, disfraz de una arrogante morena, enlaza á una *pierrette* rubia y menudita, y, sin reparo por escandalizadas miradas, la besa en los labios. Una pelirroja vestida de mosca azul, alada de gasa, mariposea al rededor de cuatro graves señores, desfigurados por granujentas narizotas de cartón pintado. Una urraca, enfaldada de ne-

vado *peluche* y alada de negro, trata de deslizar su mano en los bolsillos de un caballero de mediana edad con monóculo, un bolsista millonario:

— Las urracas ya se sabe que son ladronas. Tú, que por la pinta eres banquero, me podrás dar lecciones. ¿Quieres?

En el centro del estrado, de entre sus músicos, surgía, batuta en mano, un hombre delgado y rubio, en pie, perdidos los ojos en el ensueño suscitado por la melodía; Dayel, en el lugar que antes ocupara Metrá (otro melancólico creador de alegría), presidía la fiesta, conduciendo la desenfrenada bacanal, indiferente al barullo y á las risas; y parecía seguir con la mirada, sobre la muchedumbre, un hada invisible, Marta, sin duda, que gozaría, oculta en su disfraz. Juan debía ir á reunirse con ella en el palco; pero ignoraba el color de su dominó.

Marta, la grácil rubia, perdida un instante en la barahunda, contempla aquella fina silueta, sigue los movimientos de aquel brazo que impulsa los vales y cuadrillas, los gestos con que hace brotar el clamor del metal, arrojando el placer sobre la abigarrada muchedumbre, conduciendo la melodiosa armonía, en cuyos *pizzicati* trinan los pájaros, y cuyos motivos recuerdan, en sus languideces, los cantos del crepúsculo escuchados en un pasaje voluptuoso entre el susurro del follaje. Rondan y

circuyen la orquesta varios grupos en que apenas se distingue una máscara: son melómanos, apasionados por el canto de violines y flautas, admiradores del joven maestro, atentos oyentes, á quienes conmueve, más que el baile, el ritmo entusiasta ó dulce, en que pasan alternativamente, gritos, llanto de nostalgia, melancolías de destierro y estallidos de estrepitosa alegría.

En la sala, se arremolinan, en un caos de insensato vértigo, ceñidas parejas de bailarines y bailarinas engalanadas con oropeles de ocasión; y asciende á las galerías envuelto en nubes de luminoso polvo, un cálido vaho de alientos condensados, de perfumes vulgares, de haloide sudor, mezclado todo á las mil emanaciones de polvos y afeites.

Los hombres forman corro en torno á las mujeres enloquecidas, estrujándose para contemplar con la boca abierta lúbricos gestos y rápido alzar de faldas.

Marta y su amiga quisieron ir á su palco, fatigadas de tanto revoltijo y magullamiento, enervadas por el himno sensual que formaban en la sala, sobre los policromos cambiantes del gentío, el rumor de palabras y gritos y los rítmicos sonos de la orquesta.

Al pasar por los corredores, entre las dos hileras de hombres que, embobados ó en acecho, contem-

plaban el brillante ir y venir de máscaras y bellezas, una alta y fornida silueta de bárbaro oriental, tri-gueña la faz, cuadradas las atléticas espaldas, rasgados los ojos como los de un asiático ó un levantino, se separó de un grupo, en pos de las dos mujeres.

Su abundosa y negra cabellera caía ensortijada sobre el robusto cuello, y su faz, de carnosos y rojos labios, se prolongaba en una hendida barba de ébano, luciente y rizada como las de antiguos bajos relieves de Asiria. Acompañado de un amigo, un elegante *boulevardier* de florido ojal, iba publicando en alta voz su admiración por Marta, la monísima rubia, de la que había admirado, bajo la máscara, el fulgor de los ojos y el purpúreo arco de los labios.

Llegóse á ella, é inclinándose descubierto, puso atrevidamente su mano, musculosa y fina á la vez, sobre el hombro de la joven.

— Ojos de tanto fuego, ¿qué no incendiarán?

Cursi era el requiebro, pero el calor con que fué dicho le prestaba elocuencia.

Presas entre la pared y el gentío, las dos mujeres no podían avanzar ni retroceder. Y el moreno galán continuaba intrépido, aventurando penetrantes miradas al dominó color hoja-seca, abrasando con ellas á la Dayel que se sentía ruborizada, intimidada, fascinada, temblorosa, sin fuerza ni tino para rechazar aquel inesperado ataque.

— Por Dios, caballero...

— Quienquiera que seas, mascarita amiga, se te adora sin conocerte. Me encanta esa rosa de púrpura que florece en la frescura de tu cara. No te escapes tan pronto... Yo quisiera besarla, esa flor: quisiera admirar á placer una por una todas las bellezas que escondes con tanto recato...

Y con brusco ademán, le levantó el capuchón y alzó la punta de su antifaz de raso. Marta logró hurtar el cuerpo y se escurrió con su amiga; y, enloquecidas por tal audacia, llegaron por fin al palco. Estaban en salvo.

Bajo ellas, llegaba la fiesta á su apogeo. Subían de punto el atrevimiento de las frases y el descoco de los ademanes. En la barahunda, gritaban las mujeres, excitadas y daban asalto á los negros fracs, inertes espectadores de obscenos pelotones y lúbricas danzas.

Aun no repuesta del todo, Marta contaba á su amiga la misteriosa impresión que le causaban los ojos, tras el antifaz, que aviva su brillo, en el sombrío rebujo del capuchón. Se sentía aún emocionada, molesta, avergonzada de las miradas con que la desnudara aquel hombre; cuyas manos la habían levemente profanado; cuyas frases acariciadoras, enervantes, que un instante se vió forzada á oír, habían sacado á luz las ocultas flores de su belleza, como si él de antemano las conociera.

Apenas las bastantes para confirmar la regla. Hay hombres, ciertamente, para quienes todo se resume en un ideal, tan alto, que olvidan las privaciones y la desgarradora miseria que se ceba en ellos durante sus mejores años; pero estos mismos, que se vean en alguna ocasión, á causa de su pobreza, rechazados, desterrados del amor que anhelan y el soñador venderá hasta su ideal si hay quien se lo compre.

— Hay mujeres, sin embargo, que se han sacrificado á la más inmutable pobreza.

— Y las demás las han tenido por locas. Sí: hay mujeres buenas y abnegadas, que saben ser superiores dentro de su sexo, siempre amables y felices en la atmósfera de cariño que saben crear y emana de ellas mismas. Pero; qué de torturas no sufren en su impotencia para la felicidad perfecta, si no tienen un buen pasar, si no se encuentran por lo menos independientes, solas ó de acuerdo con aquel con quien comparten la vida! Todos los entusiasmos, todas las aspiraciones hacia la belleza, hacia el amor, hacia el ideal, se desvanecen ante el fantasma de la miseria; y todos los compromisos, todas las vergüenzas, todas las tristezas, nacen de la necesidad del dinero, fatal para quien no lo posee antes de haberlo buscado.

Marta y Dayel escuchaban la aguda elocuencia del poeta, la brillantez de su palabra, su aparente

sinceridad. Y una penosa admiración invadía á Juan al ver, netas y valientemente definidas, las causas del malestar, moral y físico á la vez que otras veces experimentara, de las tentaciones que en otra época le asaltarán y á las cuales gracias á su rectitud, á su instintivo amor á la honradez, se había sustraído.

El poeta separó un instante los visillos de la ventana, para mirar á la calle, la calle de la que él había escrito, en su primer libro, el poema incesantemente variado, la calle que les mandaba sus últimos rumores, ruar de coches que conducían á trasnochadores alborotados y cansados ya, á los amantes de una noche, fortuitamente unidos por una llamarada de deseo. Pasaban simones dejando ver, al pálido resplandor del gas, el perfil de un hombre ó una masa de tela clara, un dominó hundido en un rincón de la popa. Grupos de máscaras fachosas y locuaces, regresaban á pie á los barrios apartados, tarareando coplas, ó rompiendo con disputas el silencio de la noche. Y los confetti multicolores formaban una espesa alfombra move-diza, que las escobas del municipio iban ya rasgando á pedazos.

Antoc se había vuelto á sentar, y escuchaba á Dayel, que expresaba su satisfacción aquella noche, contando la feliz circunstancia que le había procurado el puesto de director en el baile de la

Ópera, y recordando las luchas de otro tiempo. Marta, soñadora y sonriente, oía hablar á los dos hombres, el uno débil, fino y rubio, suave y matizada la voz; el otro siempre en público, hablando con grandes gestos y pregonando sus pensamientos, sin hacer caso de los inmediatos comensales que cuchicheaban su nombre, porque de todos verdaderos parisienses era conocida aquella imagen de emperador brutal ó de viejo saltimbanqui.

Bajo las arañas en que florecían las irisadas tulipas de las lamparillas eléctricas, fulguraban las joyas de las mujeres, escotadas, en dominó ó en caprichoso disfraz. Alegraban las mesas los vivos matices de las vistosas telas, que el negro de los fracs hacía resaltar. Una ficticia alegría sacudía á veces el apático embotamiento de los hombres fatigados: algunos se divertían aún á aquella hora avanzada, después del continuo ajeteo de la noche: los deseos sensuales de ellos, la codicia de las mujeres cuyos ojos brillaban avivados por los afeites, todo aquello era alegría para Marta, incapaz de distinguir, de penetrar en tal barahunda, la tristeza latente, distraída por el brillo de las *toilettes*, por los alegres rumores de la sala iluminada.

Sonreía al verse en aquella atmósfera de placer, al lado de Dayel, feliz con el perfume de flor prohibida que enviaba á la tranquilidad de su cariño la escapada de una noche. Y Roberto Antoc contaba

ahora la vida tranquila que después de tanta tempestad le gustaba á él.

— Cada año, con mi mujer y mis hijos, apenas empieza á picar el sol de Junio, nos vamos á la playa. Nuestro chalet se alza entre las rocas cerca de Villerville, y se destaca, sobre los musgos, en el verde fondo de arboledas escalonadas en la falda de una colina. Los tres meses que allí paso son los de más fecundidad para mí: en ellos escribo lo mejor de mi obra de la edad madura.

— También nosotros la tendremos, una casita escondida entre la verdura. ¿Verdad, Juan?

Las ventanas estarán rodeadas de flores; y cuando estemos tristes, oiremos la risa de las hojas y de los pájaros. Yo jugaré entre los árboles con nuestra niña.

— Vd., señora, es de las que uno quisiera encontrar cuando aun se está á tiempo de amar por la belleza y por las dulzuras del amor y de la amada. Envidio á su marido. Vd. debe de saber seguramente, calmar con palabras dulces y cariñosas el dolor, y reavivar la esperanza en el corazón desfallecido. Tiene Vd. el encanto de las hadas de los viejos cuentos, la virtud de alegrar todo cuanto mira.

Y el poeta explicaba amargamente el tormento de sus sucesivos amores y rápidos desamores, la soledad que sigue á la deliciosa tortura de la pasión;

y luego el final sesudo y prosaico, el matrimonio vulgar.

Y, en cuanto decía, vibraba el acento de la verdad, de una confesión sincera hecha á sus nuevos amigos, como muestra de una simpatía súbita, excepcional. Respondiendo á respetuosas preguntas de Juan, contaba sus proyectos.

— Ahora estoy esperando nuestro éxodo anual para emprenderla con mi drama: *La Waina*. Necesita música y coros. Es una obra de pasión, en que la música deberá ir reflejando su germinación, su lozana floración amorosa, y su eclosión sublime, para cantar luego tristezas de su agonía, y terminar con un motivo de nueva esperanza, de arrullador consuelo. Yo le contaré á Vd. Realmente me siento atraído hacia Vd. Si no hay algún inconveniente (y sus ojos consultaban los de Marta), ¿por qué no vendrían Vds. allí con nosotros? La niña lo pasaría muy bien; y nosotros podríamos trabajar juntos con toda libertad. ¿Querría encargarse de la partitura, Vd. que tan intensamente hace en sus obras palpitar el amor?

Juan Dayel le daba las gracias: el pobre muchacho se deshacía en expresiones de agradecimiento. El amigo que había hecho la presentación del músico y del poeta, sonreía por momentos. Los revueltos cabellos rubios de madame Dayel y sus divinos ojos azules, le explicaban claramente la súbita

simpatía del escritor y su ofrecimiento de colaboración que le bullía en la mente; y concluyó:

— Quedamos de acuerdo, ¿no es eso? Volvemos á hablar é iremos allá las dos familias.

La conversación se desvió á cosas del baile y de la noche, mientras el champañ espumaba en las copas. Antoc, Dayel, Marta y el amigo se separaron en la blancura de una madrugada de primavera que bañaba ya las calles: los primeros rayos del sol atravesaban la polícroma red de serpentinas que se enredaban en el ramaje, como si éste hubiera florecido en inextricables lianas de colores.

— ¡Hasta pronto, pues! Y dentro de tres meses, junto á la costa! dijo Roberto Antoc, instalándose solo en un simón, que arrancó pesadamente. Y en el ademán del poeta, en el movimiento de sus anillados dedos leyó Marta un beso, y Dayel una última manifestación de afecto para sus nuevos amigos.

IX

Marta y Juan, contentos é ingenuamente orgullosos de su nueva relación, llegaron á casa cuando la aurora lanzaba á lo lejos su magia sobre el río, tiñéndolo de esmeralda y abrasándolo de púrpura: el horizonte se inflamaba ya, estriado de vivos matices, en una bruma violácea, iluminada por el sol aún lejano, que manchaba crudamente las fachadas y doraba el follaje que temblaba, escarchado de irisado aljófár.

Marta, desvelada por el paseo matinal á pesar del cansancio de la noche, y ligeramente excitada por su aventura, entró en la alcoba, santuario de su amor, y abrió de par en par la ventana. La Catedral resplandecía en la aurora, flameaban los cambiantes de los emplomados ventanales, y el recortado encaje de sus galerías y claustros destacaba su negrura en la claridad del cielo. Nuestra

Señora de París parecía rejuvenecida, reía por todas sus gárgolas, por los luminosos esplendores de sus vidrieras, como un presagio de alegría.

Marta y Dayel contemplaban la querida decoración en que habían germinado su intimidad y su dicha.

Marta, la grácil rubia suspiró :

— ¡ Tener una casita propia, entre follaje y flores, con un hermoso jardín ! Tenía razón el poeta. ¡ Estar solos ó casi solos en un paraje de amor, de ensueño, de alegría ! La niña jugaría todo el día en aquel jardín.

— Eso es un ideal que puede realizarse, querida.

Juan Dayel se felicitaba de la fortuna que Roberto Antoc les procuraba ofreciéndole una colaboración tan estimable y provechosa. Para un artista era un escalón más hacia el gran renombre, una recompensa de sus esfuerzos y á la vez una confirmación que reavivaba la confianza en sí mismo, asegurándole la madurez de talento á que pensaba llegar. Marta, más linda aún y más infantil en la blancura de su nocturno *deshabillé* que transparentaba sus rosadas carnes, enlazó sus brazos al cuello de Juan, ofreciéndole sus labios, ansiosa de amor : y á la noche de baile, á la cena, á las frases galantes que habían rozado su alma, siguió en el rumor matinal que producía el despertar de las próximas

riberas, toda una mañana de locas caricias y de embriaguez, en que el rubio amante y la rubia amada se estrecharon en apretados abrazos insaciables.